

GEORGES SIMENON

"no soy
un
intelectual"

HE leído su último libro, «Cuando yo era viejo», y me pregunto qué le decidió a publicarlo. De hecho, usted insiste una y otra vez en que este «diario» estaba destinado a sus más íntimos solamente.

Georges Simenon.—No pensaba hacerlo, pero un día, un amigo al que había dejado el manuscrito para que lo leyera, me dijo: "Es el libro más importante que has escrito hasta ahora". Y se empeñó en que lo publicara.

—Y usted se lo envió a su editor consciente de que publicar este libro era mostrarse al desnudo ante el mundo.

G. S.—Me estaba cansando ya de tanta leyenda. Decidí poner los puntos sobre las íes. Por otro lado, parece ser que el público no se ha sorprendido demasiado. Hasta parece estarme agradecido por haber puesto por fin las cartas boca arriba.

—Que no se ha sorprendido, dice usted. ¿No cree que muchos de sus lectores habrán encontrado una grave contradicción entre el amor que dice profesar por la vida familiar y sus ideas sobre la sexualidad tal y como aparecen ilustradas por un episodio que tiene lugar durante un crucero?...

G. S.—Pero si la sexualidad, en su estado puro, puede existir perfectamente sin atentar en lo más mínimo a la vida familiar o a la unidad del matrimonio! Es algo que forma parte de nuestro ser más íntimo. Imposible teorizar al respecto. Sólo que yo pienso que una de las cosas que nos empujan a la sexualidad es esa búsqueda de la pureza ancestral, de la infancia de la humanidad. Creo que todo ese fal-

so pudor, esa vergüenza de todo lo relacionado con el sexo viene del cristianismo. Sin embargo, en los Evangelios, que conozco bastante bien, sólo se habla dos veces de sexualidad, y las dos veces Cristo lo hace con dulzura. No en vano María Magdalena fue a tenderle la mano.

—En su diario, usted no dice nada de las épocas que pasa escribiendo sus novelas.

G. S.—Bueno, es que cuando estoy escribiendo alguna novela no veo a nadie. No me ocurre nada.

—Dicen que cuando escribe novelas usted está en trance.

G. S.—Esa palabra, "trance", es un poco fuerte, pero es verdad que trabajo de un modo un tanto inconsciente. Soy un intuitivo, no un intelectual. Prefiero no saber cómo están hechas mis novelas.

—Sin embargo, sabe que son muy leídas. ¿Le satisface?

G. S.—Me gusta que la gente me comprenda.

—¿Le preocupa la «incomunicabilidad»?

G. S.—Es una enfermedad que afecta sensiblemente a muchas personas y que lleva a algunas a cometer actos desesperados.

—Se dice que la culpa la tiene el lenguaje.

G. S.—No creo que haya mucha verdad en esa afirmación. ¿Cuántas palabras cree usted que utiliza la gente normalmente? Mil. Racine no emplea más. Sin que pretenda compararme con él, yo también trato de utilizar aquellas palabras que tienen generalmente la misma resonancia para todo el mundo.

—¿Obedece a esto la simplificación (hay quien habla de abandono) que puede observarse en sus últimos libros?

G. S.—Sí, es premeditado. Quiero expresar la vida con casi nada... Unas pocas manchas de color. He conocido a muchos pintores. Creo que van por delante de nosotros. Miró, Klee, Mondrian se han adelantado en más de treinta años a la nueva novela. Yo mismo me considero una especie de postimpresionista.

—Usted suscribiría entonces la frase de Braque: «Mi cuadro está cubierto por ese polvo blanco que es el lienzo. Sólo tengo que desempolvlar».

G. S.—Exactamente. Ocurre lo mismo con una novela.

—Usted no es en todo caso más que una especie de «medium».

G. S.—En cuanto encuentro un punto de arranque, ya no soy nada.

—¿Qué renuncia! ¿Practica usted las místicas del Lejano Oriente?

G. S.—No leo literatura asiática por temor precisamente a la influencia de aquellas ideas. Pero creo que vendrá un día en que volveremos a encontrar las ja-

SIMENON - MAIGRET

Probablemente, el nombre del inspector Maigret es más popular en el mundo que el de su creador, Georges Simenon. Muchas personas le suponen real, y frecuentemente llegan cartas a nombre de Maigret a la oficina de la Policía Judicial del Quai des Orfèvres, de París. Las investigaciones de Maigret están descritas en unas ochenta novelas, que no son más que una parte de los 250 volúmenes que comprenden hasta este momento las obras completas de Georges Simenon, el novelista más fecundo de lengua francesa. De lengua francesa y no, como se suele creer, francés, sino belga: nació en Lieja el 13 de febrero de 1902 y es miembro de la Real Academia de Bélgica. Pero vive en París desde los dieciocho años; ha pasado varios en los Estados Unidos y tiene ahora su residencia principal en Lausana (Suiza). Al principio escribió novelas cortas y folletines en el periódico "Le Matin"; tuvieron tanto éxito que para que sus lectores le conociesen bien, el periódico instaló una cabina de cristal en el zaguán de su inmueble para que Simenon escribiese a la vista del público. Simenon tiene una prodigiosa facilidad para escribir. Su primera novela popular, "Le roman d'une dactylo", fue escrita en una sola mañana en la terraza de

un café. Los relatos de Maigret los inició por encargo —de Joseph Kessel— en el semanario "Detective". Al revés que algunos escritores, que cuando entran en el terreno de la literatura popular buscan un seudónimo, Simenon ha utilizado seudónimos para intentar libros de un género "superior"; se le conocen veintitún nombres supuestos. Pero la verdadera superioridad literaria está precisamente en su género. Gide dijo de él que representaba una paradoja viviente, puesto que es un autor popular que no escribe para el gran público, sino "a los delicados". La mayor parte de los grandes escritores franceses —Mauriac, Celine, Cocteau— y de los críticos le consideran como a un clásico. El mismo se ha planteado su obra en los términos que describe así: "Descubrí a Dostoyevski, Gogol y Puchkin antes de conocer a Balzac y a Stendhal. Después descubrí a Dickens, Stevenson y, finalmente, a Conrad. Lo que más me interesó de esos escritores es su capacidad de escribir para un público muy amplio sin hacer concesiones". El mismo lo ha conseguido. Cada novela de Simenon tiene inmediatamente una tirada de cientos de miles de ejemplares en Francia y se traduce casi simultáneamente a todos los idiomas del mundo. ■ P. B.

cultades que perdimos al ganar la inteligencia y, especialmente, esa facultad que conservan los animales de comunicarse entre sí sin palabras.

—¿Ha conocido alguna vez la tentación de la indiferencia?

G. S.—Prefiero utilizar la palabra serenidad. Alcanzar la serenidad es el ideal de todo hombre.

—¿Lo ha conseguido usted?

G. S.—Estoy más cerca de ese ideal que hace diez años.

—¿Se considera evolucionado?

G. S.—No demasiado.

—Es este un reproche que le harán, sin duda, todos los que desapruében su breve pero firme condena de De Gaulle.

G. S.—Si hay algo que detesto especialmente es el desprecio de un hombre por otro. Pero aún peor es el desprecio de un hombre por la Humanidad.

—¿Qué opinión le merecen sus sucesores?

G. S.—No es que sean mejores, pero no se atreven a semejante desprecio. Creo que fue Metternich el que dijo: "Si los pueblos supiesen qué hombrillos son los que les engañan, habría una revolución inmediata".

—¿Qué opina usted del mayo del sesenta y ocho?

G. S.—Aquellos sucesos sembraron una semilla que continuará creciendo fatalmente. La gente tiene miedo y vota por la extrema derecha, por los coroneles. Todos los regímenes actuales son regímenes de coroneles. Nixon es un coronel, Pompidou es otro coronel. Todos ellos no hablan más que de firmeza y de mantenimiento del orden público. Hemos llegado a un punto en que el Código Penal no castiga con tanta severidad los crímenes de sangre como los crímenes contra el Estado. El individuo apenas si tiene importancia en el Código...

—Pero la sociedad...

G. S.—La sociedad y yo no nos tratamos. Yo veo al individuo, no conozco a las masas.

—¿Qué puede hacer hoy la literatura a favor de ese individuo?

G. S.—La literatura puede ayudar a aquellas personas que no se sienten orgullosas de sí mismas. Los que se consideran cobardes, débiles, los perezosos, los viciosos, los que sufren de sus defectos. A todos ellos les alivia saber que no son peores que sus vecinos. En una novela, el hombre encuentra a sus hermanos. Lo sé por las cartas que recibo de mis lectores.

—Usted los consuela al ofrecerles una imagen agravada de



SIMENON: "Pocas veces se escribe sobre gentes felices..."

ellos mismos. Así podríamos decir, parodiando a La Fontaine, que la desgracia de unos constituye la felicidad de otros, y que todos necesitamos algún Simenon en nuestra biblioteca. ¿Cree usted que esa función de «opio del pueblo» puede explicar su éxito?

G. S.—No lo creo. Si me leen es porque les divierte.

—Sin embargo, usted ha dicho: «Escribir no es una profesión,

sino una vocación para la desgracia ajena».

G. S.—Es evidente que pocas veces se escribe sobre gentes felices. No existen tragedias rosa. Pero estudiar la desgracia del prójimo consiste en participar de su angustia, sentirla como si las cosas le estuviesen pasando a uno mismo, meterse en el pellejo de los demás...

—Justamente cuando más necesidad sienten ellos de tirar ese

pellejo. ¡Es un auténtico apostolado!

G. S.—No, no lo creo, es una necesidad, casi una necesidad física. Cuando me quejo a mi médico, cuando llevo más de dos meses sin escribir, ya sé lo que me va a recetar: "Escriba una novela". Entonces siento un gran alivio. Paso dos días estupendos. Pero luego me pregunto si sirve de algo.

—En efecto, en «Cuando yo era viejo» usted da la impresión al lector de que escribir es una tarea nada divertida. Parece que se aburre cuando ha encontrado un nuevo tema y tiene que empezar la novela, y que, por el contrario, disfruta cuando la termina, porque va a poder gozar de unas «vacaciones». La gente se imagina que escribir es un oficio algo más agradable.

G. S.—Es un trabajo angustioso. Y cuanto más escribes, más angustioso te resulta. Tengo un miedo terrible. Cada vez que empiezo una novela pienso que no me saldrá. Y es que como no sé cómo las hago, no dispongo de ninguna receta. Cada vez que termino un libro me digo a mí mismo: "Muy bien, no se me ha cortado la mayonesa". Pero, ¿qué pasará con la próxima que haga?

—¿Y si se cortase?

G. S.—Me sentiría muy desilusionado.

—¿Y le impediría seguir escribiendo?

G. S.—Quizá durante algún tiempo. Ya me ha ocurrido dos veces. Y no he vuelto sobre aquellos temas ni sobre aquellos personajes. La primera vez llevaba escrito sólo un capítulo. La segunda, llevaba escritos tres.

—¿No hay ninguna receta para «desentumecerse»? Por ejemplo, cambiar de escenario.

G. S.—No. Lo he probado todo.

—¿Qué ocurría?

G. S.—Que no llegaba a ninguna parte, era como superponer una foto.

—¿Qué me dice de esas «zambullidas» en el inconsciente? ¿No ofrecen tal vez algún peligro?

G. S.—Hubo una época, entre mil novecientos treinta y cinco y mil novecientos cuarenta, en que tuve miedo. Pero luego se me pasó. Y no sé por qué.

—En una palabra, usted tenía miedo a volverse loco, ¿no es eso?

G. S.—Sí.

—¿Y ahora?

G. S.—No sé si es que estoy loco. Pero me siento mucho mejor. Bueno, por lo menos no tengo ya miedo. ■ **Declaraciones recogidas por JEAN-CLAUDE ZYLBERSTEIN.**